

# **“Jóvenes, educación y trabajo: menos diferencias de género y mayor estratificación social durante la década de los noventa en la Argentina”.**

Ianina Tuñón.

Cita:

Ianina Tuñón (2004). *“Jóvenes, educación y trabajo: menos diferencias de género y mayor estratificación social durante la década de los noventa en la Argentina”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/230>

**“Jóvenes, educación y trabajo: menos diferencias de género y mayor estratificación social durante la década de los noventa en la Argentina”.**

Ianina Tuñón

Licenciada en Sociología. Instituto de Investigación Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). E-mail: [itunon@mail.retina.ar](mailto:itunon@mail.retina.ar) .

**Resumen**

En los países de la región, el problema ocupacional de los jóvenes ha ganado progresivamente la consideración de las agendas sociales como consecuencia de la creciente generalización del fenómeno y las características que reviste la cuestión juvenil para el desarrollo de una sociedad. Dicho fenómeno nos permite la observación de las condiciones que acompañaron al programa de reformas estructurales y crisis del 2001 en nuestro país.

Desde este campo de observación cabe preguntarse: cómo se modificaron a lo largo de la década las condiciones objetivas de los jóvenes en el ámbito de la educación y el trabajo, y en qué medida se evidencia una estructura de oportunidades más discriminatoria por género y sector social.

El estudio realizado avanza sobre estos interrogantes, centrándose en los procesos de transición que atraviesan las mujeres y los varones jóvenes desde la escolaridad hacia la actividad laboral según algunos factores sociales, educativos y socio-laborales que intervienen en ese proceso. Para ello se considera una serie de indicadores que dan cuenta, desde un corte transversal, del recorrer medio de jóvenes entre 15 y 29 años, para distintas categorías sociales por género. En este

caso, se enfocaron estas cuestiones a partir de datos estadísticos correspondientes al total urbano de la EPH para el año 1991 y 2001.

## **I. Introducción**

La literatura que estudia la inserción de los jóvenes en la vida económica reconoce que la “condición juvenil” es un momento de definición de las capacidades que orientaran el desarrollo futuro de una sociedad. Por otra parte, la extensión y gravedad que presenta actualmente el problema ocupacional de los jóvenes en los países de la región obliga a hacer de este problema un tema ineludible de la agenda social. Por último, la temática representa un campo privilegiado para la observación de las condiciones y perspectivas que acompañaron al programa de reformas estructurales y actual crisis de la Argentina.

No son pocos los estudios empíricos que reconocen el deterioro ocurrido en nuestro país durante los años ochenta y gran parte de los noventa en las condiciones de vida de los jóvenes.<sup>1</sup> En general, las investigaciones coinciden en que ha sido éste un grupo generacional especialmente afectado por los cambios estructurales y la crisis de las políticas sociales de cobertura universal.

La falta de inclusión social que involucra a una masa importante de la población afecta especialmente a la población joven más proclive a caer en la desocupación, la precariedad laboral y el déficit escolar ante demandas de mercado cada vez más exigentes. En este sentido, es importante señalar que más de la mitad de los jóvenes pertenecen al 40% de los hogares más pobres de la Argentina.

Por lo mismo, es muy probable que el modelo de crecimiento concentrado y las inestables condiciones económicas de la década del noventa, más la prolongada y profunda crisis actual, expliquen buena parte de los problemas socio-ocupacionales que afectan actualmente a los jóvenes. Pero el problema no parece agotarse ni resolverse con un simple cambio del ritmo económico. Las trayectorias juveniles se encuentran -cada vez más- fuertemente condicionadas por la segmentación que presenta la estructura de oportunidades sociales y la complejidad de situaciones que ponen a los jóvenes en condición de vulnerabilidad social.<sup>2</sup>

En primer lugar, reconocemos una generación de jóvenes –especialmente mujeres- que pese a haber incrementado su inversión en capital educativo a través de más años de escolaridad –como veremos- no han mejorado sus oportunidades de empleo. Situación que pone en duda la validez empírica de los estudios desarrollados en el campo económico y socio-educativo que coinciden en señalar que la escolaridad (acompañada, por supuesto del ahorro y la inversión) puede contribuir a promover el empleo y a distribuir el ingreso en forma más equitativa.<sup>3</sup>

En segundo lugar, las mujeres han sido uno de los sectores más vulnerables afectados por las sucesivas políticas de ajuste, principalmente las mujeres de hogares pobres, que debieron absorber el impacto del ajuste por la vía de trabajar más tiempo y más arduamente dentro y fuera del hogar; ingresando masivamente al mercado laboral multiplicaron precarias e innovadoras iniciativas de empleo desarrolladas básicamente en el ámbito local.<sup>4</sup>

Por último, la diferenciación por género no hace más que recoger un dato conocido en cuanto a las diferencias que existen entre los sexos, recogiendo de manera particular el creciente protagonismo que viene asumiendo la mujer en las tareas de reproducción social, como reemplazo o complemento del varón en el mercado de trabajo. Al mismo tiempo que ese mismo varón parece sufrir –frente a la crisis del empleo y el cambio de roles- la pérdida creciente de sus tradicionales modos de integración y de socialización personal, familiar y social. En este sentido los jóvenes parecen compartir en forma creciente roles familiares, sociales y laborales.<sup>5</sup>

En éste contexto, resulta relevante preguntarse en qué medida las mujeres representan un grupo más vulnerable en el universo de los jóvenes, es decir en qué medida la estructura de oportunidades durante de la década de los noventa fue más discriminatoria para las mujeres que para los varones. Más específicamente, cabe preguntarse: ¿En qué medida se verifica un deterioro mayor tanto educativo como de inserción laboral e ingresos para las jóvenes mujeres que para los varones?

El presente estudio avanza sobre estas cuestiones, centrándose en el problema juvenil urbano durante la década del noventa:

La segmentación social y de género en el acceso de los jóvenes a la educación, al mundo del trabajo e ingresos. Para ello se considera, una serie de indicadores que dan cuenta de los procesos de transición que atraviesan los jóvenes de la escolaridad hacia la actividad laboral, así como el papel de algunos factores sociales o propios de la situación educativa, ocupacional o de contexto que

intervienen en este proceso. Para ello se consideran una serie de indicadores que dan cuenta del recorrer típico o medio de la situación educativa, la actividad laboral e ingresos alcanzados, a partir de los 15 años y hasta los 29 años<sup>6</sup>, para distintas categorías sociales según sexo y el estrato social de pertenencia. En este caso, se enfocaron estas cuestiones a partir de datos estadísticos correspondientes al total urbano de la EPH para el año 1991 y 2001.

El conjunto de los indicadores analizados fueron elaborados a partir de micro datos de las bases de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC, considerándose para el estudio un total de 25 aglomerados.<sup>7</sup>

## **II. Segmentación social y de género en el acceso de los jóvenes a la educación y al mundo del trabajo**

Hacia finales del 2001, encontramos que la mitad de los jóvenes de 15 a 29 años son mujeres, el 82% no cumple en el hogar un rol económico principal y el 52% de los jóvenes viven en el 40% de los hogares urbanos más pobres.<sup>8</sup> Justamente, es en estos hogares donde se concentra el mayor número de jóvenes con problemas educativos y de empleo.

### **Diferencias en el acceso a la educación**

La tasa de asistencia escolar entre 1991 y el 2001 se incrementa, en general, en forma muy significativa en el nivel medio Polimodal y en menor medida en el nivel Terciario / Universitario. Si bien las jóvenes mujeres presentan un nivel de asistencia levemente superior a los varones, la magnitud del crecimiento es muy similar para ambos sexos. Entre los jóvenes más pobres el incremento en el nivel

de asistencia se limita al nivel de escolaridad medio y se destaca el crecimiento de asistencia masculina que casi equipara a la femenina. Mientras que a nivel de los jóvenes del sector social medio se observa una tendencia similar a la descrita para el estrato más bajo, sobre todo entre los adolescentes, se advierte además un incremento importante del nivel de asistencia femenino en el ciclo terciario - universitario. Por último, los jóvenes del estrato social más alto alcanzan niveles de asistencia plenos a la escolaridad media y experimentan un crecimiento relevante del nivel de asistencia al ciclo superior con una leve ventaja femenina (ver Gráfico 2.1 y 2.1.1a, b y c).

Existen en nuestro país distintas posibilidades de acceso a una educación de calidad, estrechamente ligadas al estrato social al que pertenece el joven. Según la evidencia recogida, las mujeres presentan mejores condiciones educativas que los hombres. Pero lo cierto es, que esta mayor escolaridad, como veremos, no garantiza una mejor inserción ocupacional.

### **Nivel de participación en el mercado de trabajo**

La participación en el mercado de trabajo de los jóvenes entre 1991 y el 2001 experimenta una caída importante entre los 15 y los 18 años que guarda correlato con el incremento del nivel de asistencia escolar antes mencionado. Si bien la tasa de actividad masculina es significativamente mayor que la femenina en ambos años, las jóvenes mujeres experimentan un crecimiento sustantivo de la misma a partir de los 19 años y siguen una tendencia en alza hasta alrededor de los 25 años, momento en que se estabiliza el nivel de actividad (ver Gráfico 2.2).

En particular, podemos señalar algunas diferencias en los niveles de actividad por estrato social. En efecto, la tendencia general descripta se confirma con la particularidad de que en sector social más pobre las jóvenes mujeres se incorporan en forma más tardía al mercado laboral e incrementan su participación alrededor de los 23 años de edad. Mientras que en el sector social medio entre 1991 y el 2001 se reduce considerablemente la distancia en el nivel de actividad de varones y mujeres, como consecuencia de una caída del nivel de actividad masculino muy significativa durante la adolescencia y en menor medida por el incremento de los niveles de participación femenina alrededor de los 25 años. En el estrato más alto se observa una situación de relativa igualdad entre mujeres y varones que no experimenta cambios importantes entre 1991 y el 2001, aunque en términos generales en este sector se incrementa el nivel de actividad juvenil hasta alrededor de los 25 años, momento en que las jóvenes mujeres experimentan una caída en el nivel de participación respecto de 1991 y los jóvenes varones continúan en una tendencia de crecimiento (ver Gráfico 2.2.1 a, b y c).

### **El acceso a una ocupación horaria plena**

La mejor situación educativa y la creciente participación en el mercado laboral registrada entre 1991 y el 2001 no se traduce en un mayor acceso de los jóvenes a una ocupación horaria plena. Por el contrario, la tasa media de empleo pleno experimentó una caída muy significativa entre 1991 y 2001. En efecto, al inicio del período los jóvenes adolescentes alcanzaban una tasa media de alrededor del 70% mientras que en el 2001 dicha tasa era alcanzada alrededor de los 27 años.



A pesar de la diferencia de tasas la evolución de la misma según la edad y el sexo de los jóvenes es muy similar, con una pendiente de crecimiento a medida que aumenta la edad levemente más pronunciada en el 2001 y una brecha negativa para las mujeres en promedio levemente menor (ver gráfico 2.3).

La situación de segmentación social y de género se profundiza cuando analizamos el acceso a un empleo pleno horario. Entre los jóvenes más pobres la evolución de la tasa de empleo es muy similar en 1991 y 2001, aunque como adelantamos en el análisis general en niveles muy inferiores. Tanto es así que en el 2001 los jóvenes entre los 17 y los 29 años pobres no alcanzan una tasa promedio de empleo similar a la de los jóvenes de 17 años en 1991. También, se observa hacia finales del 2001 una leve disminución en la brecha entre hombres y mujeres. En el estrato medio, el retroceso en los niveles de empleo también es muy significativo aunque desde niveles medios de empleo superiores a los registrados en el estrato más bajo. Sin embargo, en este sector social tampoco son equiparadas las tasas de empleo pleno de 1991 en el 2001. La evolución de la tasa presenta algunas diferencias entre 1991 y el 2001, en tanto el acceso de las jóvenes mujeres al empleo pleno es más tardía en el 2001, situación que incrementa en forma sustantiva la brecha claramente regresiva para las mujeres y que si bien retorna a magnitudes similares a las de 1991 entre los 21 y 25 años, vuelve a acrecentarse a partir de los 26 años. Por último, en el estrato más alto, la caída de los niveles de empleo pleno también fueron importantes aunque de menor alcance en tanto la tasa media de empleo a los 19 años en 1991 es alcanzada en el 2001 a la edad de 25 años en los varones y 27 en las mujeres (ver gráfico 2.3.1a, b y c).

Los jóvenes pobres presentan independientemente de su sexo tasas medias de ocupación horaria plena menores que los jóvenes de los estratos medios y altos y mayor desigualdad entre sexos a medida que se incrementa la edad. De esta manera, la segmentación social –fuertemente asociada a las condiciones de vida familiar, entre otros capitales sociales- constituye un aspecto clave para la distribución final de oportunidades ocupacionales.

### **Nivel de ingreso horario de la ocupación principal**

La segmentación social más que de género se pone una vez más en evidencia cuando analizamos la evolución del ingreso horario de la ocupación principal. En términos generales entre 1991 y el 2001 se observa un significativo incremento del ingreso horario promedio de los jóvenes. Si bien, parten en ambos años de un nivel inicial muy similar, la pendiente de crecimiento en el 2001 es mayor a la observada en 1991. Asimismo, es importante señalar que no se observan diferencias por sexo y que en todo caso las jóvenes mujeres presentan una leve ventaja relativa que en el 2001 se incrementa con la edad (ver gráfico 2.4).

La pertenencia de clase sin duda es el factor determinante del nivel de ingreso horario de los jóvenes. Los jóvenes más pobres entre 1991 y el 2001 si bien en general incrementan el promedio de ingreso horario, lo distintivo es que la edad guarda una fuerte correlación positiva con el nivel de ingreso horario, mientras que en 1991 estos jóvenes tenían pocas chances de incrementar sus ingresos con el paso de los años. En el estrato medio se observa en general un incremento de los ingresos horarios en una situación de equidad entre varones y mujeres. Por último, en el sector social más alto no solo se observa el incremento del ingreso

horario general sino que también se incrementa de manera muy significativa la capacidad de acceder a un ingreso horario superior con el paso de la edad y si bien no se observan diferencias en el nivel de ingreso horario por sexo entre los 17 y 25 años, se advierte un comienzo de diferenciación a partir de esta edad, menos significativo en el 2001 que en 1991 (ver gráficos 2.4.1 a, b y c).

Ahora bien, es de esperar que la evolución de la tasa media de ingreso horario guarde también correlación con el nivel educativo alcanzado por los jóvenes. En general, como ya señalamos en el análisis entre 1991 y el 2001 se produce un incremento relativo del valor hora de los jóvenes, sin embargo, es importante especificar que dicho incremento es muy poco significativo a nivel de los jóvenes que tienen estudios secundarios completos o menos. Sólo se registra un incremento del valor hora cuando los jóvenes alcanzan estudios superiores.

A nivel de los jóvenes más pobres la incidencia del nivel educativo alcanzado en la distribución del ingreso horario es muy poco relevante. Entre los jóvenes del estrato medio se observa una tendencia muy similar a la descrita para el estrato más pobre con una leve incidencia positiva en el 2001 del nivel educativo superior. Mientras que a nivel de los jóvenes más ricos se observa una media de ingreso horario levemente regresiva para las jóvenes mujeres en el 2001 que tiende desdibujarse en función de una situación de relativa igualdad a medida que se incrementa el nivel educativo. Sin embargo, lo que parece más relevante del análisis de este estrato en comparación con los otros estratos, es que entre estos jóvenes las credenciales educativas representan un incremento mucho más

significativo del ingreso medio horario y sobre todo hacia finales del 2001 (ver Gráfico 2.4.2 a, b y c).

A partir de este análisis se advierte que la situación y evolución del ingreso horario de los jóvenes es mucho menos discriminatorio por sexo y más desigual por estrato social. También, cabe reconocer que en general las jóvenes mujeres experimentan trayectos ocupacionales similares a sus pares varones pero desde niveles educativos superiores. Sin embargo, no debe escapar al análisis que aún la tasa de empleo pleno femenina se mantiene por debajo de la masculina y las situaciones de desocupación abierta y subocupación afectan fuertemente a las mujeres.

La mejor situación educativa no se traduce en empleos suficientes y de calidad adecuada para la mayor parte de los jóvenes en condiciones de participar del mercado laboral. Esto ocurre debido particularmente a que la situación esconde una fuerte segmentación social de las carreras educacionales y laborales juveniles.

### **III. Conclusiones**

Hacia finales del 2001, la mitad de los jóvenes argentinos de 15 a 29 años eran mujeres y un poco más de la mitad pertenecían al 40% de los hogares urbanos más pobres.

Mientras que a inicios de los noventa el índice de actividad económica masculina duplicaba a la femenina, al final de la etapa la brecha en la participación en la actividad económica se ha reducido. La evolución del empleo pleno en los jóvenes

mostró tener un sesgo relativamente menos regresivo a favor de las mujeres, aunque esto no impidió que la tasa de empleo pleno femenino se mantuviese por debajo de la masculina. Sin embargo, el deficiente comportamiento de la demanda de empleo pleno estimuló la inactividad y generó situaciones de desocupación abierta y subocupación que afectaron fuertemente a las mujeres, a pesar de las nuevas oportunidades que surgen en el mercado de trabajo como consecuencia del progreso alcanzado en la educación y formación profesional.

En efecto, independientemente del estrato social de pertenencia las mujeres han incrementado su participación educativa y experimentan menores niveles de déficit educativo que los varones, diferenciación que es más significativa aún en favor de las mujeres en el estrato social medio.

De modo que la tendencia negativa no ha sido general. Son evidentes las mejoras que experimentó la cobertura educativa para las nuevas generaciones de jóvenes. Sin embargo, este proceso -tal como hemos observado- no tuvo su correlato en una mejora en las oportunidades laborales para esta población.

Las mujeres experimentan trayectos ocupacionales similares a sus pares varones pero con mayor escolaridad que ellos. Sin embargo, esta situación no es generalizable a los sectores más pobres donde el factor educativo no garantiza mejores oportunidades de empleo e ingresos. En efecto, los jóvenes pobres independientemente del nivel educativo alcanzado se distancian de los jóvenes de los otros estratos sociales en cuanto a las oportunidades de acceso a un empleo pleno debido a la profunda segmentación social de los trayectos educativos y laborales de los jóvenes.

También, son los jóvenes pobres los más afectados en términos de ingreso horario. En efecto, entre estos jóvenes no sólo observamos niveles de ingreso horario inferiores a los que perciben los jóvenes en los otros estratos sociales, sino que además estos jóvenes tienen pocas chances de incrementar el valor hora con mayor nivel educativo. Sorprende, que el ingreso horario de los jóvenes, en general, no presente diferencias significativas por género e incluso por nivel educativo alcanzado. La mayor diferenciación de ingresos se observa por estrato social de pertenencia y el nivel educativo alcanzado sólo garantiza mayores ingresos para los jóvenes en el estrato social más alto. Sin dudas, los jóvenes más pobres son los más vulnerables porque combinan una menor educación formal y calificación que los otros grupos de jóvenes, en un contexto de devaluación de los títulos; a ello se suman la segregación espacial, la falta de redes sociales de donde pueda provenir un trabajo, y la ruptura de los mecanismos de socialización laboral y de aprendizaje, procesos a los que sí pudieron acceder sus progenitores en las épocas de pleno empleo.

Como hemos observado la relación esperada entre escolaridad, empleabilidad e ingresos no se cumple en general y menos aún en los estratos sociales más bajos donde las jóvenes mujeres aún con mayor capital educativo que sus pares varones enfrentan una estructura de oportunidades claramente discriminatoria en términos de acceso a un empleo pleno. La asociación entre educación y acceso a un empleo está estructuralmente condicionada y se distribuye de manera desigual en la estructura social. En efecto, esta débil asociación entre educación y mejora de las condiciones de vida que se evidencia en las pocas experiencias de

movilidad social a través de la educación que se observan en los estratos más pobres, desalienta la inversión en educación y prórroga de gratificaciones vinculadas al consumo, la emancipación y la reproducción familiar.

De modo, que son las jóvenes más pobres el sector más vulnerable entre los jóvenes que debieron absorber el impacto del ajuste por la vía de trabajar más tiempo y más arduamente dentro y fuera del hogar. Al respecto cabe señalar que en los sectores populares es donde menor alcance parecen haber tenido los cambios culturales de los roles familiares tradicionales.

Asimismo, cabe señalar desde un punto de vista “macro”, que en un mercado empobrecido o, también, una demanda de empleo insuficiente o segmentada, hacen difícil, sino imposible, que el sistema escolar contribuya efectivamente a promover el empleo y la redistribución del ingreso.

#### **IV. Bibliografía**

Bayón, C. y Saraví, G. (2002): “Vulnerabilidad social en la Argentina de los años noventa: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires” en Kaztman y Wormald: Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina, CEBRA.

Banco Interamericano de Desarrollo (1998): “Empleo en América Latina: Transformaciones y oportunidades”. Editorial, en Políticas Económicas de América Latina, No. 3, Segundo Trimestre, 1998, BID.

CEPAL (1997): “Transmisión intergeneracional de las oportunidades de bienestar”, en Panorama Social de América Latina 1997. CEPAL, Santiago de Chile, 1998.

CEPAL (1998): “Incorporación de los jóvenes al mercado laboral: heterogeneidad y desequilibrios”, en Panorama Social de América Latina 1997. CEPAL, Santiago de Chile, 1999.

Cerrutti, M. (2003): “Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires” en Wainerman, C (compilador) (2003): Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones. FCE, en coedición con UNICEF.

Feldman, S. (1995): “El trabajo de los adolescentes Construyendo futuro o consolidando la postergación social”. Ponencia UNICEF CIID CENEP, Bs. As.

Filmus, D. y A. Miranda (2000): “El impacto de la crisis del mercado de trabajo entre los egresados de la escuela media”, en Revista de Estudios sobre Juventud, Dirección Nacional de Juventud, EUDEBA, Bs As.

Filmus, D. y A. Miranda (1999): "América Latina y Argentina en los noventa: más educación, menos trabajo = más desigualdad", en Filmus, D. (comp.) Los noventa: política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo, Editorial Eudeba, Bs As.

Gallart, M A: “Capacitación, educación y empleo: una relación necesaria” en Encrucijadas, Revista de la Universidad de Buenos Aires, año 2, Nº 4, 1996.

INDEC-EPH (s/f): Encuesta Permanente de Hogares: Marco teórico metodológico de la investigación temática. INDEC, Buenos Aires.



Jacinto, Claudia (1996): “Transición laboral de los jóvenes, políticas públicas y estrategias de los actores”. Documento presentado en el 2do Congreso Nacional de Sociología del Trabajo, organizado por ASET, Bs As.

Jacinto, Claudia (2000). “Jóvenes vulnerables y políticas públicas de educación y empleo”, Mayo, Revista de estudios de juventud, n°1, nov. 2000, Buenos Aires, Dirección Nacional de Juventud, pp.103-121.

Kaztman, R. (2001): Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos” en Revista de la CEPAL n° 75.

Llach, J. y Montoya, E. y Roldán, F. (1999): Educación para Todos, IERAL, Bs As.

Macri, M. y Van Kemenade, S (1993): Estrategias laborales de jóvenes de barrios carenciados, CEAL, Buenos Aires, 1993.

Merlinnsky, G. (2002): Desocupación y Crisis en las Imágenes de Género, en XXII International Congress of the Latin American Studies Association, Miami, USA.

Miranda, A. y Salvia, A. (2000): “Transformaciones de las condiciones de vida de los jóvenes en los noventa”, en J. Lindenboim (comp.) Crisis y Metamorfosis del Mercado de Trabajo, Segunda Parte, Cuadernos del CEPED No. 5, CEPED, FCS, Buenos Aires, 2001.

Muñoz Izquierdo, Carlos (2001): “Implicancias de la escolaridad en la calidad del empleo”, en E. Pieck (Coord.) La educación y el trabajo. La educación frente a la exclusión social. Universidad Iberoamericana, México, 2001.

OIT (1999): Informe sobre el empleo en el mundo 1998-1999. Oficina Internacional del Trabajo-Ginebra.

OIT (2000): "La formación para el empleo: La inserción social, la productividad y el empleo de los jóvenes", en Conferencia Internacional del Trabajo, 88° reunión.

Salvia A. y A. Miranda (1998): "La exclusión de los jóvenes en la década del 90". En Papeles de Población, Año 4, No. 16, abril-junio 1998. Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la UAEM. Toluca, México.

Salvia, A. y A. Miranda (1999): "Norte de Nada: los jóvenes y la exclusión en la década del '90". Revista Realidad Económica, N° 165, Bs As.

Salvia, A. y I. Tuñón (2003): Los jóvenes trabajadores frente a la educación, el desempleo y el deterioro social en la Argentina. Serie Temas. Friedrich Ebert Stiftung Argentina.

Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (1998): La Argentina de los jóvenes: entre la indiferencia y la indignación. UNICEF-Losada. Buenos Aires.

Torrado, Susana (1993): Procreación en la Argentina. Hechos e Ideas, Ediciones de la Flor y Centro de Estudios de la Mujer, Buenos Aires.

Salvia, A. y Boso, R. (2004): "Crisis del Empleo y Cambios en las Representaciones de la Vida Social: Un estudio de casos en la Ciudad de Buenos Aires desde una perspectiva de género", en Seminario: Desempleo, Familia y Masculinidad de la UNAM, Cuernavaca, México.

Schlemenson, A. (2001): "Hombres no trabajando" en Revista Encrucijadas UBA, De. UBA, Buenos Aires.

Wainerman, C (compilador) (2003): Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones. FCE, en coedición con UNICEF.

---

<sup>1</sup> Ver Sidicaro y Fanfani, 1998; Feldman, 1995; Gallart, 1996; Konterllnik. y Jacinto, 1996, 2000; Salvia y Miranda, 1998, 1999; Filmus y Miranda, 2000; Salvia y Tuñón, 2003.

<sup>2</sup> Ver CEPAL, 1998; OIT, 2000; Kaztman, 2001; Bayón y Sarvi, 2002.

<sup>3</sup> Entre esas teorías se encuentran, principalmente, la de la funcionalidad técnica de la educación y la del capital humano. Ver Gary Becker (1983): El Capital Humano, Madrid, Alianza Editorial.

<sup>4</sup> Ver Cerrutti, 2003; Wainerman, 2003.

<sup>5</sup> Ver Schlemenson, 2001; Merlinnsky, 2002; Salvia y Boso, 2004.

<sup>6</sup> El análisis del indicador de pleno empleo es reducido a jóvenes entre 17 y 29 años por no contar con suficiente casos de jóvenes menores en los análisis multivariados.

<sup>7</sup> Los aglomerados incluidos son: Gran Buenos Aires que está compuesto por la Ciudad de Buenos Aires y los partidos que integran el Conurbano Bonaerense, La Plata, Bahía Blanca, Santa Rosa, Rosario, Santa Fe, Paraná, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, Jujuy, Salta, Posadas, Formosa, Resistencia, Corrientes, Mendoza, San Luis, San Juan, La Rioja, Neuquén, Comodoro Rivadavia, Rfo Gallegos y Ushuaia-Rfo Grande.

<sup>8</sup> Uno de los indicador elegidos para describir la situación y comportamiento de los jóvenes fue el nivel de ingreso per capita de los hogares, a partir de lo cual quedaron conformadas tres localizaciones de clase: 1) el Estrato Bajo, formado por el 40% de los hogares de menor ingreso per capita; 2) el Estrato Medio, formado por el siguiente 40% de hogares de ingreso per capita medios; y 3) el Estrato Alto, formado por el 20% de los hogares más ricos en términos de ingreso per capita.